

os vais á dormir debaxo de techado, por-
que el sereno os podria dañar la herida,
puesto que es tal la medicina que se os ha
puesto, que no hay que temer de contra-
rio (c) accidente. Sancho Panza que ya
daba al diablo el tanto hablar del cabrero,
solicitó por su parte, que su amo se entrase
á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así,
y todo lo mas de la noche se le pasó en
memorias de su señora Dulcinea, á imita-
cion de los amantes de Marcela. Sancho
Panza se acomodó entre Rocinante y su
jumento, y durmió, no como enamorado
desfavorecido, sino como hombre molido
á coces.

CAPÍTULO XIII.

*Donde se da fin al cuento de la pas-
torá Marcela con otros sucesos.*

MAs apénas comenzó á descubrirse el
día por los balcones del oriente, quando
los cinco de los seis cabreros se levantá-
ron, y fuéron á despertar á Don Quixote,

y á decille, si estaba todavía con propósi-
to de ir á ver el famoso entierro de Gri-
sóstomo, y que ellos le harian compañía.
Don Quixote, que otra cosa no deseaba,
se levantó, y mandó á Sancho, que ensi-
llase y enalbardase al momento, lo qual
él hizo con mucha diligencia, y con la
misma se pusieron luego todos en cami-
no. Y no hubieron andado un quarto de
legua, quando al cruzar de una senda,
viéron venir hácia ellos hasta seis pastores
vestidos con pellicos negros, y coronadas
las cabezas con guirnalda de cipres y de
amarga adelfa. Traia cada uno un grueso
baston de acebo en la mano: venian con
ellos asimesmo dos gentileshombres de á
caballo, muy bien aderezados de cami-
no, con otros tres mozos de á pie que los
acompañaban. En llegándose á juntar, se
saludáron cortesmente, y preguntándose
los unos á los otros donde iban, supieron
que todos se encaminaban al lugar del en-
terro, y así comenzáron á caminar todos
juntos. Uno de los de á caballo, hablando
con su compañero le dixo: paréceme, se-
ñor Vivaldo, que habemos de dar por bien
empleada la tardanza que hiciéremos en
ver este famoso entierro, que no podrá

dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia; pero de quatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dixo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste trage, les habian preguntado la ocasion, por que iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote, ¿que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? Á lo qual respondió Don Quixote: la profesion de mi exercicio no consiente ni permite, que yo ande de otra manera: el buen paso, el

regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron é hicieron para aquellos, que el mundo llama caballeros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyéron esto, quando todos le tuviéron por loco, y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que ¿que queria, decir caballeros andantes? ¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quixote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente (1) en nuestro romance castellano llamamos el Rey Ártus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel Reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió; sino, que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reynar, y á cobrar su Reyno y cetro: á cuya causa no se probará, que

(1) Así en las ediciones primeras y en las demas; pero Cervantes acaso escribiría *comunmente*, no solo por ser expresion mas comun, sino mas verdadera, pues al rey Arturo no estamos llamando Artus *continuamente* en castellano.

desde aquel tiempo á este haya ningun In-
gles muerto cuervo alguno? (1) Pues en
tiempo deste buen Rey fué instituida aque-
lla famosa órden de caballería de los ca-
balleros de la Tabla Redonda (2), y pa-

(1) De este encanto del rey Artus, y de su vuelta al
reyno se habla especialmente en el cap. 99, de Esplandian,
donde se dice que su hermana la maga Morgayna le tenía
encantado, y que habia de volver á reynar sin falta en la
Gran Bretaña. Sobre el sepulcro de este rey, dice Don
Diego de Vera (si es justo que se le crea esto) que se leía
este verso:

Hic jacet Arturus, Rex quondam, Rexque futurus.

Esto es:

Aquí yace Artus, que fue Rey, y ha de volver á serlo.

(Epitome de los Imperios. Biblioteca Real: est. F. cod.
25, f. 252, b.) Julian del Castillo (*Historia de los Reyes
Godos*: p. 365.) añade la vulgaridad de que Felipe II
quando se casó con Doña Maria, heredera de aquel reyno,
juró que si el Rey Artus viniese en algun tiempo, le
dexaria el reyno. Bowle (*Anotaciones á Don Quixote*:
p. 48.) hace mención de una ley de Hoelio el Bueno, Rey
de Gales, promulgada el año de 998, que prohibe matar
cuervos en heredad agena. De esta prohibición, mezclada
con la fábula de la conversion del rey Artus en cuervo,
pudo originarse en el pueblo ingles el temor de matar
cuervos por no herir de muerte á su rey en alguno de
ellos. Cervantes confiesa que no sabia de donde tomó
principio esta fábula tan creida, como mal imaginada.
(*Persiles*: lib. 1, p. 147.)

(2) Los libros de caballerías que tratan de esta Mesa, ú
órden Militar, cuya institucion se atribuye al rey Artus, son
los primeros que se escribieron, y el origen de todos, como

sáron sin faltar un punto los amores, que
allí se cuentan de Don Lanzarote del
Lago con la Reyna Ginebra, siendo media-
nera dellos y sabidora aquella tan honrada
dueña Quintañoa, de donde nació aquel
tan sabido romance, y tan decantado en
nuestra España de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote,
Quando de Bretaña vino (1),

con aquel progreso tan dulce, y tan suave
de sus amorosos y fuertes fechos. Pues

lo indica tambien en este capítulo el mismo Cervantes. Era
condicion que habian de ser 24, los caballeros que se sen-
tasen en ella, y á quienes se hacian antes las pruebas de
nobles y de famosos en las armas. Eran admitidos naturales
y extrangeros: por eso se sentaron en ella Orlando y otros
Pares de Francia. El referido Vera dice que: *decian se
conservaba y mostraba esta mesa en Hunscriet quando
Felipe II, casó en Londres con la Reyna Doña Maria,
y que estaba partida en 25 tablas ó divisiones, graba-
das de blanco y verde, que en el centro se juntaban en
vuelta, y se iban ensanchando en la circunferencia, y
en cada division estaba escrito el nombre del caballero,
y el del Rey.* Pero el mismo autor no cree lo mismo que
cuenta.

(1) *Que dueñas cu'daban dél,
Doncellas de su rocino:
Esa dueña Quintañoa,*

desde entonces, de mano en mano fué aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la orden de su caballería, en la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo: y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa, que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que

*Esa le escanciaba el vino:
La linda reyna Ginebra etc.*

(Hallase este romance entero en el f. 242, del *Cancionero*. Anvers 1555, 16, V, P. II, cap. XXXIII, y XXXI.)

dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo qual recibieron la mesma admiracion, que recebían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo (1), que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino, que decían, que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dixo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que poné en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero

(1) En el *Canto de Caliope*, que está en la *Galatea*, celebra Cervantes á Adán de Bivaldo, poeta de florido ingenio. (p. 285.)

decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas: no debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando (D) y trabajando, sígnese, que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios, favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasaron mu-

cha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores (1) por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por que de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedarán bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante. Pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que quando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios (2), como cada christiano está obli-

(1) Subieron con efecto á serlo muchos. Don Reynaldos llegó á ser Emperador de Trapisonda, y renunció su imperio en Esplandian, con quien casó á su hija: Bernardo del Carpio casado con Olimpia, es hecho Rey de Irlanda: muerto el Emperador de Constantinopla, es alzado por Emperador Palmerin de Oliva: Tirante el Blanco alcanzó por su valor á ser Cesar del imperio de Grecia etc.

(2) Menos el infante Don Roserin, que: *santiguandose y encomendandose á Dios de todo corazon, y llamando á su señora Florimena, el caballo de las espuelas hiere etc.* (*Espejo de Caballerias*: P. II, cap. 27.) Pero:

gado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece, que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quixote, esó no puede ser ménos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y de esto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escri-

Tirante el Blanco no invocaba ningun santo, sino el nombre de Carmesina, y preguntado porqué no invocaba juntamente el de otro santo, respondía que: el que á muchos sirve, no sirve á ninguno. (Lib. III, cap. 28.)

pulo,

pulo, y es, que muchas veces he leído, que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas, y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo: y no sé yo, como el muerto tuvo lugar, para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastó, encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como christiano: quanto mas que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quixote. Digo que no puede ser, que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al

cielo tener estrellas, y á buen seguro, que no se haya visto historia, donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero; sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladrón. Con todo eso, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada (1) á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. Á lo qual respondió nuestro Don Quixote: señor, una golondrina sola no hace verano: quanto mas, que yo sé, que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas

(1) Flaqueábale con efecto á Bivaldo la memoria, porque Galaor no sólo la tuvo señalada, sino elegida por mano de su mismo hermano Amadis de Gaula, que presentándole á Briolanja, le dixo: *señor hermano, esta hermosa reyna os encomiendo, que ya otra vez viste y la conocéis. Don Galaor la tomó consigo sin ningún escrúpulo, como aquel que no se espantaba, ni turbaba de ver mugeres.* (Amadis: lib. 4, cap. 121.)

bien, quantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien, que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la qual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero (1). Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion: y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama: que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don

(1) Esta señora de Don Galaor se llamaba Aldeba, como se dice en el cap. 20, de *Amadis* por estas palabras: *Grindalaya tenía una hermana, muy hermosa doncella, que Aldeba habia nombre, que en casa del duque Brisloya se habia criado.... Esta Aldeba fue la amiga de Don Galaor, aquella por quien él recibió muchos enojos del enano que ya oystes decir.*

Quixote, y dixo: yo no podré afirmar, si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa, que yo la sirvo; solo sé decir, respondiéndolo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de Princesa, pues es Reyna y señora mía, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, pérlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. Á lo qual respondió Don Quixote: no es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursínos, ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña, ni

ménos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, y Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pállas, y Méneses de Portugal; pero es, de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba* (1). Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo,

(1) Noticioso Roldan de la comunicacion de Angelica con Medoro, enloquece y arroja las armas, las quales halla Cervino esparcidas por varias partes: recógelas, cuélgalas de un pino, y para impedir que nadie se las vistiese pónelas esta inscripcion:

*Armadura d'Orlando Paladino:
Como si diga: alguno no las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.*

Así en la traduccion del Ariosto por Urrea; ó como dice el original:

*Nessun la muova,
Que star non possa con Roldan á proba.*

(C. 24. oct. 57.)

respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Panza pensaba, que quanto su amo decia era verdad, sabiendo él, quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal Princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, quando viéron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, baxaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció eran, qual de texo, y qual de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: aquellos, que

allí vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar, donde él mandó que le enterasen. Por esto se diéron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y quatro dellos con agudos picos estaban cabando la sepultura á un lado de una dura peña (1). Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quixote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas viéron cubierto de flores

(1) Como este pastor muere desesperado, dispone Cervantes se le entierre en el campo, sin ceremonias algunas eclesiásticas, á diferencia del entierro que describe del pastor Meliso (lib. VI, de la *G. latea*) baxo cuyo nombre entendio á Don Diego de Mendoza, como se reconoce por las señas que dan de él Tirsi, Damon, Elicio y Lauso, insinuando que habia sido embajador de Felipe II, en Venecia; que siendo gobernador de Sena, se habia rebelado la ciudad con grande turbacion de Italia y España; y que vivió despues retirado en Granada, su patria, comunicando con las Musas. Supone pues que se enterró en el valle de los Cipreses, y describe sus exéquias con maravillosa puntualidad. Introduce al venerable anciano Telesio vestido con ornamentos sagrados: hace que ardan al rededor de la sepultura muchas hachas, ó pequeñas hogueras, como el dice: quema Telesio oloroso incienso: rodea tres veces el túmulo: entona oraciones por el alma del difunto, y al fin de cada oracion responden los circunstantes *amen*. Concluidas estas ceremonias, ó exéquias,

un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba, que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos y cerrados: y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxéron, dixo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, ya que quieres, que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio: que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dixo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamo-

pronuncia Telesio un sermón de honras, en que alaba las virtudes de Meliso, la integridad de su vida, la agudeza de su ingenio; la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, y sobre todo la solícitud en observar y cumplir con la Religión: acaso aludio con esto al zelo que mostro Don Diego Hurtado de Mendoza por su defensa quando asistió de embaxador en el concilio de Trento.

rado, y allí fué la última vez, donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él, que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin secundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido: adoró, fué desdeñado: rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio, ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la qual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes, qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que

estais mirando, si él no me hubiera mandado, que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera, que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido: que si él ordenó como agraviado, no es bien, que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia se puede sacar,

quanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda, que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dexámos nuestro derecho viage, y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo, y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dexando de abrasar estos papeles, me dexes llevar algunos dellós. Y sin aguardar, que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban. Viendo lo qual Ambrosio, dixo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar, que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellós, y vió que tenia por título: *Cancion Desesperada*. Oyólo Ambrosio y dixo: ese es el último papel que

escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, lealde de modo que seais oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO (1).

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique

(1) El artificio de esta canción admirable y singular consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos, que, rimando entre sí de un modo nuevo, el penúltimo consuena con el hemistiquio del último.

Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desco, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro (1) de algun monstruo, el agorero

Nótase en ella alguna expresion humilde, y algun verso desmayado; pero puede sin embargo competir con la mejor de nuestros mejores poetas. La misma uniformidad de versificación, sin alternar los versos cortos, manifiesta con mas viveza la pasión de este pastor furioso, que para escarmiento de los que se rinden á la tiranía del amor profano se mató desesperado, consintiendo en privarse del cielo para siempre, segun se insinua en los dos versos ultimos de la estancia sexta, que dicen así:

*Ofrecere á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.*

Puede reputarse Cervantes por inventor de este género de canciones: á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribió, ni la trae Rengifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Esteban Rodriguez, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

(1) Esto es, el rugido, los ladridos y ahullidos de los endriagos, vestiglos y otros monstruos, de quienes se